

Libre



Shecid, princesa de Lesbos

Hubo una época en que pensé que mi vida no era emocionante; sentía que lo que estaba viviendo carecía de sentido. Estaba deprimida y agotada por no aceptar lo que soy en realidad. Intenté renunciar a mis deseos porque sentía remordimientos, pues creía que lo que hacía estaba mal. Mis ojos se llenaban de humedad y mis mejillas se mojaban de sal por no encontrar explicación. No podía entenderlo.

Cuando fui un poco mayor dejé fluir libremente mis emociones, permití que mis sentimientos maduraran, hice una conexión entre cuerpo, mente, corazón y espíritu, y así pude lograr ese difícil y deseado equilibrio emocional; pude descubrir que lo que siento es completamente normal.

Desde pequeña lo sentía ¿cómo explicarlo? No era algo aceptable según la sociedad: no podía decirles a mis amigas que mientras ellas soñaban con su primer beso de amor con el niño de sus sueños, yo soñaba con poder tomar la mano de mi amiga; no podía decir que mientras todas las demás pensaban en el niño bonito de la escuela yo pensaba en mi maestra de inglés; no podía explicar, ni siquiera a mí misma, lo que era; no lo aceptaba, no lo meditaba, no me catalogaba de ninguna forma: simplemente lo sentía. Tal vez con el tiempo pasaría... ¿Cuál fue el resultado? Jamás pasó. Fue un “algo” extraño que permaneció conmigo día a día, noche a noche; mis sueños estaban con *ella*, no con *él*; mis ansias de besar estaban con *ella*, no con *él*.

Mientras mi cuerpo estaba en transición mis deseos se ocultaban tras una cortina. Me sucedía algo difícil de entender y nadie podía explicármelo. No podía pedir ayuda ni hacer preguntas





sobre un impulso que no era considerado normal, que no estaba permitido ni era aceptable en una jovencita.

No fue fácil conocer el primer amor y menos ocultarlo. Mientras la mayoría de las compañeras de mi edad en prepa tenían novio o estaban enamoradas, lo que se observaba fácilmente, yo ocultaba mi amor por ella. Nadie jamás sospechó lo que yo sentía, mucho menos aquella chica, mi compañera de prepa: ella, quien se mostraba amable y cada día me susurraba sus sueños y añoranzas. Ella siempre soñaba, era una niña muy loca, única, hermosa; sus ojos grandes transmitían confianza, resplandecía un toque de sensualidad natural en su forma de expresión, tan femenina, tan segura de sí misma.

Pero un día ella se marchó. Sin avisarme desapareció de mi vida y al reencontrarla vi en ella algo que no hubiera imaginado: arrogancia y orgullo. Sus ojos habían perdido el brillo y su sonrisa ya no tenía aquel encanto que me había conquistado, sino un toque de sarcasmo e hipocresía. Decidí olvidarla, aunque me lastimaba saber que, si quería, podía buscarla y encontrarla.

Al paso del tiempo decidí cambiar; así se inició una época en la que viví llena de remordimientos, de incertidumbre, pensando que estaba en un error, que vivía una equivocación que tal vez se podría remediar si tenía novio “normal”. Fue así que conseguí un novio, otro novio y por último otro novio. Era frustrante no sentir esa chispa por alguien que día a día decía: ¡te amo, te quiero! Era desagradable caminar de la mano con él mientras veía de reojo a alguna hermosa chica que pasaba junto a mí, y me decía a mí misma: ¡No! ¡Eso es malo!

Jamás pude expresar amor por un hombre, y vaya que lo intenté. Al terminar con mi último novio reflexioné: ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué está pasando? Empecé a conocer los conceptos que podrían ayudarme, a buscar en mis emociones, a razonar las respuestas a todas esas preguntas que de niña me hacía y que no me podía responder. Traté de buscar personas que tuvieran emociones parecidas a las mías, que compartieran esas inquietudes





y también busqué el amor, el amor de una mujer, lo que sabía que me iba a hacer feliz.

Poco a poco todas las respuestas que tanto busqué aparecieron. Con el paso del tiempo acepté mis sentimientos, definí mis emociones y llené de tranquilidad cada uno de los huecos que tenía dentro de mí, porque conocí mi yo interior; y así pude vencer la influencia de tabúes que obstaculizaban mi adolescencia y juventud.

En ese tiempo me atreví a expresar mis más sinceros sentimientos a las personas que quiero; abrí mi mente y, aceptando que soy lesbiana, compartí esta verdad con mis amigos y parte de mi familia: ya no más cortinas oscuras para guardar secretos, no más frustraciones ni negaciones de mi realidad, no más escondites emocionales detrás de la puerta. Ahora me cubre un manto de honestidad, porque no podría ser sincera con quienes me rodean si no lo soy conmigo misma.

Lo complicado fue al principio, cuando no sabía qué vocabulario emplear o de dónde sacaría la fuerza necesaria para enfrentar la mirada de mis amigos cuando les dijera mis preferencias; a veces creía innecesario salir de closet, porque supuestamente a nadie le importa saber eso de mí. Pero en realidad no se trata de informar, se trata de compartir con esas personas importantes lo que siento, para que puedan comprender que es sólo una característica más de mí, algo que no me haría una mejor o peor mujer, algo que simplemente es parte de mi vida diaria.

Compartir el amor con una mujer es hermoso, más cuando se hace con romanticismo y honestidad; amar es sinónimo de compartir, no hace falta etiquetar los sentimientos, las respuestas llegan a su debido tiempo, nos traen luz e iluminan los días tristes, desvanecen las amarguras y permiten amar a un ser humano libremente, sin pensar en que amar es algo sucio que inundará de dudas a la pareja por el simple hecho de ser del mismo sexo. El amor sigue siendo amor. Es lastimoso que esta sociedad sea lenta en cuestiones de entendimiento de preferencias sexuales, siendo que a través del tiempo nosotras existimos; en diferentes



épocas hemos ocupado puestos políticos y tenemos un lugar en fotos familiares. No es necesario que la sociedad ponga en marcha tácticas o estrategias para destruirnos; el respeto es suficiente para poder vivir con tranquilidad.

Mientras tanto las mujeres que amamos a otras mujeres seguiremos escondiendo sentimientos por miedo al daño que nos puedan causar los prejuicios sociales. La verdad es que el daño social y el rechazo causan temor; pero después de lo difícil que fue para mí aceptar mi situación y superar los problemas, no pienso vivir con culpa o remordimiento, sino disfrutar de cada instante de mi vida siendo honesta conmigo misma, para así poder permanecer en el equilibrio de mente y corazón; para ser libre, porque la libertad está al alcance de cada persona y permite ser feliz.